

PRÓLOGO

EL CORAJE PERIODÍSTICO POR LA JUSTICIA

Crimen de Estado. El caso Parlacen nos cuenta las delictivas actuaciones de quienes han querido esconder todas las evidencias, desaparecer testigos y callar fiscales e investigadores en el caso criminal más grave que en los últimos años se debate judicial y popularmente en Guatemala.

Gracias a la ardua y peligrosa tarea periodística de Lafitte Fernández, compartimos cada momento de una historia casi increíble, pero tan real y verdadera como sus protagonistas y relatores.

Cuando la Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala (CICIG) —ya casi doblegada y con todo y el respaldo material de la Organización de Naciones Unidas (ONU)— se dirige hacia el precipicio del desprestigio, aparecen una valiente mujer y un atrevido periodista, el mismo que nos narra los hechos, para alertar a los guatemaltecos, y al mundo, sobre lo que sucede en uno de los más importantes casos en los que la legalidad desaparece a fin de que no se llegue a conocer toda la verdad y no se procure justicia.

El encuentro de estas dos fuertes voluntades y corajes humanos dan la necesaria alerta de lo que ocurre y revela lo que unos pocos, pero poderosos, procuran mantener en la tumba de la ignorancia

ciudadana, algo que han venido haciendo por muchísimos años y con terribles resultados para la nación guatemalteca.

Miles de páginas de documentos –con confesiones o detallados relatos de actuaciones, acciones, coordinaciones, ejecuciones, que, en su clarificada totalidad, exhiben que la investigación del caso, más bien los resultados de ella, dirigida por la fiscal costarricense Gisèle Rivera– habían descubierto un camino, una versión, una verdad muy diferente a la que se estaría ventilando en los tribunales de justicia de ese país. Porque de esto, de una brutal, gigantesca, prominente y trascendente acción delictiva y criminal, se trata este libro. De que la verdad que se estaría sentenciando en el teatro judicial guatemalteco no calza, peor aún, deja importantes elementos por fuera y cierra varias e importantes puertas.

De que lo descubierto por la valiente ex fiscal de la CICIG, por el contrario, abre de par en par varias de esas puertas y que, paradójicamente, cierra las salidas que hasta entonces tenían disponibles varios destacados personajes públicos de la sociedad guatemalteca.

Y el llamado de atención lo hace un sobresaliente periodista centroamericano, costarricense, que desde hace 17 años ejerce la profesión en El Salvador y casi 40 años de carrera en total, pero que por razones de su interés personal y su tareas periodistas conoce muy bien lo que ocurre en cada país centroamericano.

De modo que este libro constituye un nuevo y corajudo acto periodístico de mi hermano, colega y compañero de diversas jornadas de investigación periodística en Costa Rica, publicadas un par de décadas atrás en el diario *La Nación* de San José, antes que él

partiera a El Salvador y yo me trasladara a Guatemala primero y luego a Panamá. Es la parte más actual de su lucha contra los corruptos, especialmente contra quienes ostentan posiciones en instituciones estatales que otorgan poder y desde donde disponen de fondos públicos, ¡y hasta de vidas de seres humanos!, como si fueran propias.

Y si esa dedicación que, en toda su vida profesional, Lafitte le ha concedido al periodismo de denuncia, de combate, que requiere mucha capacidad, voluntad y valentía, me llevó a calificarle públicamente como el mejor periodista costarricense —y deben creerme que no es por ser hermano mío—, esta vez me conduce a ratificar lo dicho y a tener el privilegio de presentar, en la forma de este libro que tiene usted en sus manos, la más reciente prueba de ello.

Porque Lafitte, con este trabajo, ha logrado darle vida histórica a la unión de su ejercicio periodístico con la heroica acción de Gisèle Rivera, investigadora judicial costarricense que, tras mostrar sobrada capacidad y decisión en la búsqueda y obtención de pruebas en algunos de los más sonados casos de su país, tuvo la valentía de prestar sus servicios en Guatemala a fin de procurar la verdad de los casos criminales de más alto perfil en esa nación.

Dejando de lado temores, advertencias y hasta amenazas, unas veces veladas e indirectas otras de manera muy clara y frontales, esta fiscal encontró en Lafitte al periodista valiente, confiable y capaz de contarle a los lectores —primero por la vía indirecta y muy resumida del diario *El Mundo* de El Salvador y, ahora, por medio de *Crimen de Estado. El caso Parlacen*— la información que todos debimos haber conocido desde mucho antes, pero que por diversas razones,

siendo una de las principales el oficio de tapar, de esconder, de censurar, que algunos tienen la costumbre y el poder de lograr en Guatemala.

No pocos obstáculos han debido superar hasta este día, ambos, para lograr la publicación de todo el valioso material policíaco y periodístico que conforma la esencia del presente libro, lectura obligatoria de todo periodista centroamericano, especialmente guatemalteco y salvadoreño. Porque hoy la licenciada Rivera es la perseguida, hasta judicialmente, y ha debido recibir protección de su seguridad personal. No dudaríamos de que una vez que este libro salga a la luz pública, Lafitte también tenga que soportar ese tipo de persecuciones y hasta deba proteger su integridad física.

Porque en Guatemala, desde siempre, ocurren y germinan cosas muy graves, difíciles de imaginar y de creer. Yo lo viví, lo experimenté, personalmente, cuando residí y ejercí allá el periodismo durante cinco años, donde fungí como director general de los diarios *Siglo XXI* y *Al Día*. Fue precisamente con base en esa experiencia que publicamos en El Salvador—apoyados por Lafitte— un reportaje titulado “El periodismo de los valientes” y que pretendía describir o explicar las cosas que diariamente deben afrontar muchos colegas y amigos, todos dignos merecedores de nuestra admiración y respeto, porque “hacen periodismo en un país envuelto por el caos, la ingobernabilidad y la violencia”.

Las amenazas y la intimidación contra los periodistas son casi cotidianas allá. Principalmente cuando ellos incursionan en historias “peligrosas” o investigaciones en las que resultan involucrados ciertos militares retirados, muy vinculados a círculos de poder

ocultos, y en especial a fuerzas de inteligencia militar, al Estado Mayor Presidencial, a las fuerzas policiales de “protección ciudadana”, o a los cuerpos policiales de investigación criminal. Si usted, estimado lector, no me cree lo que le digo, por favor lea con la mayor atención posible lo que nos cuenta Lafitte en *Crimen de Estado. El caso Parlacen*.

Allá en Guatemala fuimos sujeto de algunas de esas singulares formas de presión y amenaza, o críticas y censuras, ¡hasta de los mismos colegas periodistas!, y para las que no hay frontera. Recuerdo que cuando, bajo nuestra dirección, se investigó, escribió y publicó la denominada “Conexión Panamá”, tarea que divulgó, en exclusiva y primicia, una de las formas en que el ex presidente guatemalteco Alfonso Portillo y sus serviles y secuaces—todos ellos hoy presos y afrontando un proceso judicial por robo de dineros del Estado, de todos los guatemaltecos— un colega peruano, en el marco de un congreso latinoamericano, celebrado en la ciudad de Panamá, nos dijo: “¡Lástima que no dejaron que Portillo y su gente depositaran más dinero antes de divulgar la información!”.

Pocos meses después publicamos, con lujo de detalles, cómo parte de la banda de Portillo, bajo las instrucciones del entonces presidente de la República, sacaba del sótano de un banco estatal guatemalteco, cajas con millones de quetzales propiedad del Ejército, del Estado, de los guatemaltecos, que luego fueron sacados a Estados Unidos y Francia.

Posteriormente divulgamos, de nuevo en El Salvador, también con la ayuda de Lafitte, la historia completa, ya ordenada en su tiempo y en su lógica, de la mafiosa organización de Portillo y su mentor, *Don*

Paco, en un amplio reportaje titulado “Los Chamusqueros”.

Hoy, al momento de escribir este texto, cuando Alfonso Portillo [primer ex presidente *chapín* (guatemalteco) sometido a una acción penal bajo la acusación de peculado y lavado de dinero] y su cuadrilla de cómplices, están presos y son juzgados, quisiera tener frente a mí a ese colega y a varios más que juzgaron severamente y hasta se burlaron de nuestras acciones y decisiones periodísticas.

Traje a colación todo lo anterior para ayudarnos a entender el marco o sustancia en la que deben moverse quienes se atreven a luchar contra las múltiples y variadas fuerzas del mal que sojuzgan a Guatemala.

Todo ello gracias a la existencia de un Estado tristemente débil, cuya fragilidad ha sido históricamente conveniente para algunos que afanosamente se ocupan de mantenerlo tal cual, permite que estructuras paralelas, cofradías, mafias o como se les quiera llamar, se nutran, actúen, dominen y engrandezcan como organizaciones políticas, empresariales, deportivas y hasta religiosas, pero que en realidad son clanes criminales, gracias a células que manejan u operan desde o bajo la protección de sus controladas y endebles instituciones del Estado o privadas.

Guillermo Fernández
Ciudad de Panamá, febrero del 2011.